ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

SEVERO TORELLI

DRAMA DE

FRANÇOIS COPPÉE

ARREGLADO EN CUATRO ACTOS Á LA ESCENA ESPAÑOLA
Y ESCRITO EN VERSO CASTELLANO

POR

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

MADRID
Cedaceros, 4, segundo izquierda.
1894

Al Sr. D.
Augusto S. de Figueroa,
en testimonio de sincera
consideración.

Carlos Eden Shaw

SEVERO TORELLI

S. 3. 94.

577:6

SEVERO TORELLI

DRAMA DE

FRANÇOIS COPPÉE, 1842-1908

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA EN CUATRO ACTOS
Y ESCRITO EN VERSO CASTELLANO

POR

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Estrenado con gran éxito en el TEATRO ESPAÑOL
la noche del 17 de Febrero de 1894.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1894

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Pía	*Sra. Argüelles.*
Porcia	» *Sala.*
Catalina	» *Palacios.*
Una mujer del pueblo	*Srta. Caire.*
Severo Torelli	*Sr. Bueno.*
Barnabo Spínola	» *Mata.*
Juan Bautista Torelli	» *Gómez.*
Renzo Ricardi	» *López.*
Ercole Balbo	» *Salgado.*
Lippo Malatesta	» *Avilés.*
Fray Antonio	» *Pastor.*
Un alguacil mayor	» *Soler.*
Un proscrito	» *Baleriola.*
Hombre 1.º	» *Sotomayor.*
Idem 2.º	» *Cruz.*
Idem 3.º	» *Cernadas.*

Hombres y mujeres del pueblo. Guardias y esbirros. Prisioneros.

Pisa, 1494.

Nadie podrá sin permiso del Sr. Fernández Shaw reimprimir ni representar esta obra en España ni en sus posesiones de Ultramar.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á Mr. François Coppée.

Ilustre Maestro:

Suyo es el drama **Severo Torelli.** *Y lo que en este arreglo me pueda corresponder, que es bien poco, se lo dedico respetuosamente.*

Así conseguiré, como es de justicia, que, por un concepto ó por otro, todo sea de V., tanto en la obra original como en la versión española.

Carlos Fernández Shaw.

Madrid 20 de Febrero de 1894.

ACTO PRIMERO

El *Lungarno*, en Pisa. En el fondo *le ponte di mezzo*. A la derecha, en primer lugar, el palacio de Torelli y luego el pórtico de una capilla. A la izquierda y al fondo el caserío. Debe verse algún otro palacio. A la izquierda una boca calle. Está declinando la tarde.

ESCENA PRIMERA

RENZO *y* ERCOLE, *hablando en el centro de la plaza.*

ERC. ¡Descaro se necesita!
Y ¿cuándo fué, dices?
REN. Hace
veintiocho años. Ya entonces
todas nuestras libertades
eran liviano juguete
de caprichos miserables;
pero aun así, no bastaban
á Florencia los ultrajes
de los déspotas crüeles
que le gobernaron antes
esta su ciudad de Pisa,
lo que nunca fué muy fácil,
y ansiosa en aquel momento
de más lutos, de más sangre,
reconociendo sin duda
las odiosas cualidades,
los desvelados rencores,
los satánicos afanes

de tiranía y de crímenes,
de sorpresas y espionajes
que en Spínola formaban
la condición y el carácter,
deteniendo en él sus ojos,
acababa de nombrarle
Señor de Pisa, en su nombre,
para extremar las crueldades,
para aumentar nuestra angustia,
para colmar nuestros males.

ERC. ¡Malhaya su torpe vida!

REN. ¡Malhaya su vida infame!

ERC. Pero prosigue tu historia.
Prosigue.

REN. ¡Dios nos ampare!
Aún era muy de mañana,
poco después del instante
en que despierta la aurora
entre dormidos celajes.
Guardado por veinte lanzas,
que apenas pueden guardarle
de la desbordada furia
de los odios populares,
Barnabo Spínola monta
su caballo de combate,
conteniéndole de bridas
por temer que se le escape.
Libre de la gran defensa
de la armadura que träe
sobre todo el cuerpo, sólo
se le distingue el semblante.
En el centro de la plaza,
llena de curiosos, álzase
el cadalso, y el verdugo
muéstrase de pie, delante
de su tajo, donde el hacha
prodigó rojas señales.
Tres desgraciados esperan
término para sus males.
Son tres ciudadanos buenos
y es forzoso que lo paguen.

Es el uno fuerte y alto;
dos golpes no son bastantes
para que sus inquietudes
y sus dolores acaben.
Después, cuando al tercer golpe
se entrega por fin y cäe,
un alarido terrible
se escucha por todas partes.
Otro es joven, y en sus labios,
que sus angustias conträen,
una flor pequeña y roja
lleva, por gala y donaire.
¡Qué recuerdo tan horrible!
Cuando el golpe formidable
del hacha partió su cuello,
en aquel charco de sangre,
al que saltó de repente
su cabeza palpitante,
le siguió la flor; lo mismo
que si quisiera besarle.
A Juan Bautista Torelli
llega la vez. ¿Quién no sabe
que es el orgullo de Pisa,
que es un noble y que es un mártir?
Sordos murmullos resuenan
por la plaza y en las calles,
y corren de boca en boca,
como los fúnebres ayes
que finge medroso el viento
cuando deshoja los árboles.
Y Spínola, de improviso,
dice al pueblo: «¡Baste! ¡baste!»
Y á Torelli: «¡Te perdono,
Torelli, puedes marcharte!»

ERC. Pero... ¿Spínola?

REN. ¿Quién puede
explicar lo inexplicable?
Quizá temió que las gentes,
indignadas, le arrastrasen.

ERC. Y dí... ¿Torelli?...

REN. Al principio

enmudeció de coraje;
pero al advertir que el pueblo
no cesaba de aclamarle,
se colocó—te aseguro
que nunca le vi más grande—
junto al cadalso, de espaldas,
y de Spínola delante,
y así le dijo: «No dudo
en aceptar, si te place,
aunque tu bondad, por rara
y por siniestra, me extrañe;
pero sentiré que digan,
cuando tus hechos se narren,
que no supe comprenderte,
que no pretendí pagarte;
como que tú me perdonas
tú, que nunca perdonaste,
no extrañarás, de seguro,
que contra tí me desarme.
Nunca lucharé contigo,
ni por nada, ni por nadie.
Pero como el tiempo corre
y las afrentas renacen,
si llego á tener un hijo
que herede con mis pesares
mis rencores... ¡no lo dudes!
¡él sabrá cómo vengarme!»

ERC. ¿Y Spínola?

REN. Pues... Spínola
se marchó sin contestarle.

ERC. ¡El, tan altivo! ¿Es posible?

REN. Pero desde aquel instante
ya no perdona. ¡Sus fallos
siempre son inexorables!

ERC. Y desde entonces... ¿Torelli?

REN. Rendido por sus pesares,
tal como triste fantasma,
como animado cadáver,
en ese palacio vive,
te diré mejor que yace.
De sus tétricos salones

á la vez sus penas hacen
tumba de sus desengaños
y de su vergüenza cárcel.
Ni á los balcones se asoma,
ni á la plaza nunca sale,
como si cuanto pudiera
contemplar le avergonzase.
Meses y meses corrieron
después del amargo trance,
y un hijo tuvo Torelli,
al declinar de una tarde
que fué como nueva aurora
para sus hondos afanes..
Desde pequeño lo educa
de manera que le salve,
y él es digno de su nombre,
de su patria y de su padre.
¡Tiene el temple de un romano
y el espíritu de un mártir!
El heredó la constancia
de los odios implacables.
¡Es la justicia que llega,
la venganza que renace!
El querrá ser justiciero
y sabrá cómo vengarse;
él romperá las cadenas
y lavará los ultrajes
con que Florencia mancilla
todas nuestras libertades,
todas nuestras ambiciones
y todos nuestros hogares.

ERC. ¡Oh, le admiro!

REN. ¡Lo merece!

ERC. Y... díme... ¿podré contarme
entre sus amigos pronto?

REN. ¿Quién lo duda?

ERC. ¡Que me place!

REN. Tus largos años de ausencia
no consiguieron cambiarte.

ERC. ¡No!

REN. Te reconozco.

LIP. (*Entrando.*) ¡Renzo!
REN. ¡Lippo!
ERC. ¡Tú!
LIP. ¡Que Dios os guarde!

ESCENA II

LIPPO, RENZO, ERCOLE, *después el* ALGUACIL MAYOR, CATALINA, *esbirros, un prisionero, hombres y mujeres del pueblo.*

REN. ¿Qué, sabes algo de nuevo?
LIP. ¿Yo? Nada, siempre lo mismo:
destierros y delaciones,
miserias y sacrificios.
ERC. No es posible que se pasen
más años así... ¡te digo!
LIP. ¡Aún más!
ERC. ¿Qué?
LIP. ¡Más desgraciados!
REN. ¡Vas á ver lo que sufrimos!
(*Entran el Alguacil, Catalina, el prisionero entre esbirros, pueblo.*)
CAT. ¡No, por piedad!
ALG. ¡Vamos! ¡Este
á la cárcel!
CAT. ¡No! ¡Dios mío!
ALG. ¡Paso! ¡Dejadme... canalla,
que tengo prisa!
ERC. ¡Por Cristo!
CAT. ¡No, no! Si lo pagaremos;
pero, señor, ¿de improviso?
Son demasiados tributos
para nosotros. Mis hijos
apenas comen... ¡Dejadme
por piedad, os lo suplico!

¡Si ha guardado siempre todo
respeto!... ¡Si nunca dijo
nada malo de Florencia!

ALG. ¡Basta ya! ¡Basta... repito!

PUE. ¡Ah!

ALG. Páganos bien y pronto
y guárdate los suspiros.

ERC. ¿Cuánto debe?

ALG. Dos ducados.

ERC. Tomad. (*Dándole las monedas.*)

CAT. ¡Oh, señor!

ERC. (¡Inicuo!)
Y tú, lacayo de casa
de Spínola, yo te invito
á ver si tienes los huesos
tan duros como ya he visto
que tienes el alma.

REN. }
LIP. } ¡Ercole!
¡Imprudente!

ERC. ¿Qué? Lo dicho.

ALG. ¡Vaya, vaya! Contenëos,
y seguid vuestro camino
en paz, que de lo contrario...

REN. Es de advertir que mi amigo
desconoce las costumbres
de la ciudad.

ALG. ¡Pobrecito!

REN. Vuelve tras ausencia larga.
Tomad. (*Poniendo en manos del Alguacil unas monedas, recatadamente.*)

LIP. (*A Erc.*) ¿Lo ves?

REN. ¡Cuando digo
que tengo razón mil veces!

ERC. Pero ¿en qué mundo vivimos?

CAT. ¡Señor!

REN. (*A Erc.*) ¿Te vas convenciendo?

CAT. ¡Oh, gracias!

ERC. Venid conmigo.
¡No hay penas que se resistan
á un gran vaso de buen vino!

Venid todos.
REN. ¿Vamos?
LIP. Vamos.
ERC. ¡Todos, todos, yo convido!
(*Salen, seguidos por el pueblo.*)

ESCENA III

JUAN BAUTISTA, SEVERO.

(*Juan Bautista, tipo venerable, con barba y cabellos blancos. Entra del brazo de su hijo.*)

SEV. Pero... ¿tan pronto?
JUAN B. No intentes
disuadirme... Vuelvo á casa;
llega la noche. Ya pasa
fresco el aire, ¿no lo sientes?
SEV. Padre...
JUAN B. Te juro... te digo
por mi honor y por mi fe...
SEV. ¡Padre!
JUAN B. Que no volveré
más á salir... ni aun contigo.
SEV. La reclusión tan austera
en que vives te devora.
JUAN B. ¡Si lo quiere Dios!
SEV. Ahora
que vuelve la primavera,
que el valle y el bosqne umbrío
y la montaña se ven
llenos de vida, también
renace tú, ¡padre mío!
A tanta luz ¿qué recelo?
¿Qué nieve resistiría

tanto sol?

JUAN B. ¿Qué sol podría
romper mi angustia, mi hielo?
¿Qué me importa la apariencia
si la triste realidad
me tuerce la voluntad
y me estraga la conciencia?

SEV. Dime tú, ¿quién admiró
tal virtud y tal secreto
con más fe, con mas respeto
ni con más culto que yo?
Mas cuando de noche, padre,
duermes con el rostro hundido
en las manos, he podido
ver lo que llora mi madre.

JUAN B. ¡Ah!

SEV. ¡Que su dolor te venza!

JUAN B. ¡Hijo!

SEV. Si ocultas la cara
como aquel á quien ahogara...

JUAN B. ¿Qué? ¡Dílo!

SEV. ¡No!

JUAN B. ¡La vergüenza!
Sí; mi espíritu no implora
más que al olvido.

SEV. ¡Por tí!

JUAN B. ¡Pues si mi vida!...

SEV. Por mí.
¡Por lo que mi madre llora!
Si la angustia solamente
ya domina en el espacio
de nuestro oscuro palacio,
¿no consideras prudente
responder á mi deseo?

JUAN B. ¡Si tú lo comprenderás!
¡Si me aflige mucho más
cuando salgo lo que veo!
Pisa llorando sus penas.
¿Es que acaso no lo acabas
de ver? Sus hijas esclavas
y sus hijos en cadenas.

¿Quién busca su libertad
ni quién su dolor no esconde
cuando sólo nos responde
¡ya lo ves!... la soledad?
¿Ves las gentes? ¡En andrajos!
¿No reparaste en el puerto?
¡Qué desolación! Desierto
de buques y de trabajos.
Las calles ¡qué silenciosas!
¿Quién las cruza ya? Parece
que nadie. ¡La yerba crece
resquebrajando las losas!
¿Qué mansiones principales
tienen sus salas abiertas?
Sobre las enormes puertas
de las casas señoriales
cada escudo de granito
desmoronándose vá,
y su señor ¿dónde está?
¡Si no está muerto, proscrito!
¿Quiénes y cómo consiguen
poder salvar sus cabezas?
¿En qué astucia no tropiezas?
¿Por dónde no te persiguen?
Para que nunca te apartes
de su vil dominación,
puedes mirar al lëón
florentino en todas partes.
Sobre granito se ostenta
ó en mármol su efigie tiene.
No ruge, pero contiene
y amenaza y amedrenta.
¡Y pensar que me ganó
concediéndome su gracia!
¡que tuvo tan gran audacia!
¡que fuí tan cobarde yo!
¡que pude corresponder!
¡No!... ¡Si no!... ¡si no lo creo!

SEV. ¡Padre!

JUAN B. Ya ves lo que veo.
¿Quieres que lo vuelva á ver?

¿Y el pueblo no me maldice?

SEV. Pero si tú...

JUAN B. Quita, quita.
¡Calla!

SEV. Deja que repita
lo que todo el pueblo dice.
¡No! No pierdas la esperanza,
que mientras yo represente
tu nombre, mientras yo aliente,
alentará la venganza.
¿No resucitó conmigo?
¿No me impulsa? ¿No me obliga?

JUAN B. ¡Sí! ¡sí! ¡Que Dios te bendiga
tal como yo te bendigo!
Pero... no turbes mi pena.
Ni el cielo ni el sol me admiran.
¡El aire donde respiran
los tiranos envenena!
¡Adiós! ¿Hasta luego?

SEV. ¡Sí!

JUAN B. ¡Ya no puedo más!

SEV. Adiós,
padre. Roguemos á Dios
por él... por él... ¡y por mí!
(*Juan B. llama á la puerta de su palacio. Le abren seguidamente, y entra. Severo entra en la capilla.*)

ESCENA IV

ERCOLE, RENZO *y* LIPPO, *luego* BARNABO, SPÍNOLA, PONCIA, EL ALGUACIL, PUEBLO.

ERC. ¡Pobres gentes! No podrías
figurarte lo que siento!

REN. ¡Y aún ignoras que este cuento
es el de todos los días!

ERC. Renzo, para no sentir

que nos acusa el deber,
es necesario vencer.

REN. ¡Hay que vencer ó morir!

LIP. Si nos doman como á fieras,
si el cadalso, la mordaza...

ALG. (*Saliendo con varios esbirros.*)
¡Plaza!

ERC. ¿Cómo?

REN. ¡Mira!

ALG. ¡Plaza!

REN. Spínola.

LIP. ¡Sí!

ERC. ¿De veras?
¡Él!

REN. Ya puedes contemplarle.

LIP. Retirémonos á un lado.

ERC. ¡Sabes que va bien guardado!

REN. ¡Por lo que pueda costarle!
(*Barnabo Spínola magníficamente vestido. Porcia con traje de brocado. Síguenles dos filas de guardias. Pueblo.*)

SPÍN. ¿Y tú dudas, Porcia?

POR. ¿Yo?

SPÍN. ¡Pero cómo se retiran!
¡Díme ya que no me admiran,
ó que no me temen!

POR. No.

SPÍN. ¡Tiemblas, Porcia, tiemblas ¿Di,
qué tienes?

POR. No, si no puedo...

SPÍN. Respóndeme, Porcia.

POR. Miedo.

SPÍN. ¿Por quién?

POR. ¿Lo dudas?

SPÍN. ¿Por ti?

POR. ¡Barnabo!

SPÍN. Si quien se atreva
contra ti, Porcia, se atreve
contra cuanto se me debe,
y no es tan fácil la prueba.
¿No te convences? ¡Cuidado!...

POR. Si te expones...
SPÍN. ¿Quien diría
que temblases todavía
cuando me tienes al lado?
Podemos seguir tranquilos.
POR. Si alguno que mal te quiere...
SPÍN. Si el que me hiera, me hiere
con espada de dos filos.
¡Y aún sigues palideciendo!
POR. ¡Por piedad!
SPÍN. ¡Basta, mujer!
¿Quien te puede comprender,
cuando yo no te comprendo?
¡Por Cristo! ¡Por Satanás!
POR. ¡Calla, por Dios, no blasfemes!
SPÍN. Vaya... Porcia, dí que temes
por ti... ¿Me lo negarás?
POR. ¿Por mí? ¿Lo dices de veras?
SPÍN. ¡Caprichosa! Vamos...
POR. Pero...
SPÍN. Mira, Porcia, yo te quiero,
¡con tal de que tú me quieras!
¡Si no se atreven á odiarme!
Repáralas ¡qué prudentes!
Vamos, Porcia... que las gentes
no se cansan de admirarme.
(*Salen seguidos por la escolta.*)

ESCENA V

RENZO, ERCOLE, LIPPO. *Después* SEVERO, *una mujer del pueblo, un proscrito, pueblo.*

ERC. ¡Muy hermosa! ¿Quién es ella?
REN. ¿No sabes?
ERC. ¡Sí, ya comprendo!
REN. Los caprichos del infame
se ajustan á sus deseos.

LIP. Nueva Danäe; colmada
de oro también; ¡oro nuestro!
ERC. ¡Y, sin embargo, se dice
que no es mala!
LIP. ¡No lo creo!
REN. Compasiones fugitivas,
arrebatos pasajeros.
ERC. ¡Y es hermosa!
LIP. ¡Mucho! Tiene
la hermosura del infierno.
ERC. ¿Quién sabe si no se acuerda
algunas veces del cielo?
REN. ¿Y Spínola? ¿Qué me dices
de Spínola?
ERC. Nada nuevo;
¡que le abomino!
REN. Descuida,
que pronto nos vengaremos.
LIP. Mira.
ERC. ¿Quién?
SEV. (*Saliendo.*) ¡Salud y suerte!
REN. ¡Severo!
ERC. ¿Cómo? ¿Severo?
(*Las gentes del pueblo, que aún continúan en la plaza, se acercan á Severo saludándolo.*)
SEV. (*A una mujer del pueblo, que lleva un niño en brazos.*)
Sí, ya sé que tu marido...
¡Pobre Juan!
MUJ. ¡Señor, ha muerto!
ERC. ¡Qué joven es! ¡qué simpático!
REN. ¡Y si vieras qué sincero!
Para aguardar, ¡qué prudencia!
Para luchar, ¡qué denuedo!
SEV. ¡Toma! (*Socorriéndola con una moneda.*)
MUJ. ¡Señor!
SEV. Me parece
que sabes lo que te quiero.
MUJ. ¡Oh, gracias! Señor, besadle,
(*Mostrándole el niño.*)
porque... será vuestro beso
como segundo bautismo.

SEV. ¡Por Dios, mujer! (*Besa al niño.*)
REN. ¡Es tan bueno!
SEV. (*Al proscrito que se le acerca.*)
Escucha. ¡Dame la mano!
EL PROS. ¡Gracias!
SEV. ¿Lloras? ¡Pobre Beppo!
¿qué te pasa?
EL PROS. Me destierran.
SEV. ¿También á tí?
EL PROS. También. Pero
después de besar tu mano
ya me voy casi contento.
(*Besa respetuosamente la mano de Severo.*)
SEV. ¡Ay! ¡Me quieren! Sí, Dios mío,
daré mi vida por ellos.
GENTES DEL PUEBLO. ¡Señor, señor, Dios os guarde!
SEV. Salud, salud, compañeros.
REN. (*Presentándole á Ercole.*)
Ercole Balbo, mi amigo.
SEV. Con gran placer os estrecho
la mano.
ERC. Gracias, mil gracias;
yo, con placer y respeto.
Cuando me ausenté de Pisa,
hace ya bien largo tiempo,
nuestra ciudad se quejaba
de su dolor, bajo el peso
del yugo que la oprimía
con sus dogales de hierro,
sin imaginar siquiera
la esperanza del consuelo.
Hoy, que por fin á la sombra
de mi hogar antiguo vuelvo,
palabras felices oigo,
grandes ilusiones siento,
y con pasión os admiro
y con placer os contemplo,
que todos en vos se fijan,
elogios de vos diciendo.

SEV. ¡Por Dios!
REN. Se necesitaba
un jefe, y ¡ya lo tenemos!
LIP. Alguno que no temiera
de los sacrificios.
SEV. Eso,
no lo dudéis. ¡Si tan poco
necesitáis, yo lo ofrezco!
Que todos los que padecen
sepan unir sus esfuerzos
Los nobles y los humildes,
los grandes y los pequeños;
dispónganse, que yo aguardo;
mándenme, que yo obedezco;
¡Si es la eterna pesadilla
que turba todos mis sueños!
¡Reconquistar la existencia
y el honor! Mas despertemos,
que el despertar... ¿quién no sabe
cuántas veces fué sangriento?
¿Cuántas madres no lloraron
á sus pobres hijos muertos?
Bajo Sforza, bajo Médicis,
bajo Pazzi... ¡Qué recuerdos!
¡Siempre Florencia nos hunde
con su maza! No podemos...
REN. ¿Qué dices? ¿Tú?
SEV. Si algún día
se nos ofrecen momentos
en los que luche Florencia
con enemigos diversos,
tan sólo entonces, no dudes
de que la venzamos, Renzo.
Prudencia, ¡mucha prudencia,
mucha calma, y acechemos!
ERC. ¿Quién sabe si se aproxima
la ocasión?
SEV. ¿Por qué?
ERC. Por esto:
las tropas del rey de Francia
sobre los Alpes vinieron,

y cruzan por Lombardía,
cerca ya del campo nuestro.
El mismo rey las dirige...

SEV. Pero es que vienen...

ERC. Por ruegos
del Papa, de Ludovico.

SEV. Y ¿hacia dónde van?

ERC. Pues creo
que sobre Nápoles marchan.

REN. Entonces, no te comprendo.
¿Van sobre Nápoles, dices?

ERC. Sobre Nápoles, sí; luego...
sobre Florencia ¿comprendes?
vendrán antes.

SEV. ¡Dios eterno!

ERC. ¿No sentís que corren aires
más libres?

SEV. ¡Ercole! ¡Renzo!

REN. ¿Qué resuelves? ¿Qué nos mandas?

SEV. ¡Que no perdamos el tiempo!
A luchar.

REN. ¡A vida ó muerte!

SEV. ¡Por última vez!

LIP. ¡Silencio!

ESCENA VI

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO *y* PORCIA, *que trae en la mano un ramo de flores.*

POR. Yo no sé por qué será
que siempre os encuentro aquí.

REN. Pues... ¡casualidades!

POR. ¡Ya!

REN. ¿Por qué dices?

POR. ¡Ojalá
que todas fueran así!

SEV. Porcia...
POR. Dispensad, señor,
el de la cara severa
y el de la triste color.
¡Ya no puedo ni siquiera
ponerte de buen humor!
SEV. ¿A mí? Si sólo te pido
seriedad...
POR. ¡Bonitos modos!
Y yo que nunca te olvido,
y yo que los he querido
con el corazón... á todos.
Vaya, ¿tenéis arreglado
algún asunto de Estado?
Respóndeme (*á Severo*), ¿sale mal?
(¡Oh! ¡lo mismo! ¡tan callado,
tan callado! ¡siempre igual!)
Ni una flor, ni un mal «hermosa.»
Vaya, vaya, pues, señores...
¡Pero yo... soy otra cosa!
REN. Es que...
POR. ¡Sí! ¡Tomad mis flores!
Me gusta ser generosa.
REN. Es que tú...
POR. Renzo... No... no.
Son para ti (*á Severo*), ¿quieres?
SER. ¿Yo?
¿Para mí? ¡Tú! (*Friamente.*)
POR. ¡Yo, Severo!
¿También me desprecias?
SER. Pero...
POR. (¡Con qué frialdad me miró!)
(*Yéndose sin dar las flores á ninguno y dando á entender su profunda contrariedad.*)

ESCENA VII

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO.

REN. Con qué delicadísima ternura
te distinguió, Severo; ¿te enamora?
ERC. Cualquiera lo diría.
SEV. ¡Te aseguro!...
Pero ya... respondedme: ¿qué me importa,
cuando mi corazón y mi existencia
debo á mi patria, y á mi patria sola?
REN. La ocasión anhelada se aproxima.
SEV. ¡Ay del que en torpe languidez se postra
cuando en la torre la campana suena,
cuando á rebato la campana toca!
ERC. Ya lo sabéis. En nuestro auxilio viene
el rey de Francia.
SEV. Que sus nobles tropas
no puedan contemplarnos con desprecio,
si nos ven soportar nuestra deshonra.
Que á su valor nuestro valor conteste,
que á su clarín nuestro clarín responda.
Que cuantos gimen bajo el torpe yugo
de miserable esclavitud, lo rompan.
REN. Es preciso que el pueblo se despierte,
que se animen las turbas, que nos oigan.
ERC. ¡Sí!
LIP. ¡Bien!
SEV. ¿El pueblo? escucha. No es posible
que sacuda su calma vergonzosa,
ni la costumbre de vivir esclavo,
ni el miedo misterioso que le asombra,
sin que la conmoción que le despierte
no le estremezca las entrañas todas,

sin que adivine lo que vale el triunfo,
lo que puede costarnos la derrota.

REN. ¡Sí! ¡sí!

SEV. ¡Porque si el pueblo se arrepiente
y después de luchar nos abandona!...

REN. Pero... ¿qué nos propones?

SEV. ¿Qué propongo?
¡Que matemos á Spínola! ¡Ya es hora!

REN. ¡Tienes razón! ¡Nuestro deber lo manda!

SEV. Los que arrastran cadenas vergonzosas,
los que murieron sin hallar justicia,
los desterrados, todos nos lo imploran.

ERC. ¡Oh! ¡sí! ¡sí!

SEV. Quien le hiera, que le mate
sin piedad.

REN. ¡Sin piedad!

SEV. Con mano pronta,
con mano firme, ¿lo juramos?

LOS TRES. ¡Todos!

SEV. ¡No perdonarle, pues jamás perdona!

REN. ¡Sí!

SEV. ¿Lo juramos?

LOS TRES. ¡Todos!

SEV. Que la daga
se revuelva en la herida.

REN. ¡Sí!

SEV. ¡Qué gloria
la del que pueda malherir su pecho,
y burlarse, mofarse de su cólera!
Aunque nuestros hogares, ó el descuido
con que duerma tal vez... aunque la sombra
del altar le proteja de nosotros,
¿se detendrá la mano vengadora?

ERC. ¡No!

SEV. Si todo su cuerpo se defiende
bajo las duras placas de su cota,
si bajo la visera de su casco
sólo su rostro detestable asoma,
¿heriremos su rostro? Respondedme.

REN. ¡Sí! ¡Lo juramos!

SEV. ¡Patria, tú que lloras,

tú no debes llorar! ¿No tienes hijos?
¡tú nos conducirás á la victoria!
Tú me amparas, ¿verdad? tú me bendices,
¡y al torpe yugo tu cabezas doblas!
¡Ah, pero yo lo romperé!

REN. ¡De fijo!

SEV. ¡Sí, por Dios!

REN. Los instantes se malogran.

SEV. ¿Quién le perseguirá, quien el primero?

REN. ¡Yo!

ERC. ¡Yo!

LIP. ¡Yo!

SEV. ¿Quién, decidme?

ERC. ¡Quien escojas!

REN. Soy el más noble.

SEV. ¿Sí?

ERC. Yo soy más viejo
que ninguno.

SEV. ¡Pues todos se equivocan!
¿Quién podrá disputarme tal empresa,
ni compromiso tal, ni tanta gloria?
Si es preciso que el pueblo nos secunde,
si es verdad que me quiere...

REN. ¡Que te adora!

SEV. Si yo muriera, responded, el pueblo,
¿será difícil que á la lucha corra?

ERC. ¡No, no! Tienes razón.

SEV. ¡Si yo muriese,
yo sé que sobre el suelo de mi fosa
la sangre vengativa que corriera,
corriera en ríos, se encrespara en olas!
Y vosotros...

REN. ¿Lo dudas?

SEV. ¿El infame?

REN. ¡Sí! ¡Morirá!

ERC. ¿Lo dudas?

SEV. ¡Qué zozobra!

REN. ¿Temes?

SEV. No.

ERC. ¡Lo juramos!

SEV. Yo quisiera

jurar...
LOS TRES. ¡Sí!
SEV. De manera tan notoria...
LOS TRES. ¡Sí!
SEV. Tan indestructible...
LOS TRES. ¡Sí!
SEV. Tan fuerte...
LOS TRES. ¡Sí!
SEV. ¡Que ni aun Dios el juramento rompa!
(*Oyese dentro la campanilla del Viático.*)

ESCENA VIII

(FRAY ANTONIO *aparece como volviendo de administrar el Viático, con el copón en las manos. Precédele un niño con un farol encendido y síguenle varios fieles con hachas encendidas también.*)

REN. Oye... (*Vuelve á sonar la campanilla.*)
SEV. ¡Sobre Dios mismo que nos busca!
ERC. ¡Tienes razón!
LIP. ¿Qué intentas?
SEV. Aguardadme.
¿Quién es? No lo distingo.
REN. ¡Fray Antonio!
SEV. ¡Ah! También sufre mucho. ¡Padre! ¡padre!
FR. A. ¿Qué? (*Separándose de la comitiva, que se detiene, y aproximándose á Severo y sus amigos.*)
SEV. Dos palabras.
FR. A. Pero...
SEV. Dos palabras.
¿Nos conocéis? de fijo!
FR. A. Como nadie.
SEV. La salvación de Pisa...—¿quién no llora
tanta calamidad, tantos ultrajes?—
nos une...
FR. A. ¿Cómo?
SEV. Si queréis mostrarnos

y extender á nosotros vuestro cáliz...

FR. A. Pero... ¿queréis?...

REN. ¡Jurar!

SEV. ¡Sobre Dios mismo!

FR. A. ¿Sí?

TODOS. ¡Sí!

FR. A. Dios dice al hombre: «no me llames, no me invoques en vano.»

ERC. } REN. } ¡Lo sabemos!

SEV. La patria nos lo exige.

FR. A. ¿Pisa? ¡Baste! ¡Jurad, pues! (*Extendiendo hacia ellos el copón solemnemente.*)

LOS CUAT. ¡Lo juramos! ¡lo juramos! (*Doblan la rodilla derecha y extienden las diestras hacia Fray Antonio.*)

FR. A. ¡Que os bendiga el Señor!

SEV. ¡Él nos ampare!

(*Levántanse los caballeros y se estrechan mutuamente las manos. Fray Antonio se incorpora á la comitiva, dirigiéndose hacia la capilla. Adelantan los fieles y suena otro campanillazo. Cuadro.*)

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Un salón en el palacio Torelli. Muebles severos, tapices sombríos, armaduras y retratos.

ESCENA PRIMERA

JUAN BAUTISTA *sentado en un gran sillón y* DOÑA PÍA *de pie, delante de él.*

JUAN. Nada. No. La culpa es mía
y de veras me arrepiento.
¡No pisaré más las calles,
ni aun del brazo de Severo!
¡Tanta mengua me enloquece!
¡Qué terrible vilipendio!
¿Lo ves? Tan sólo contigo
dichas y reposo encuentro.
¡Contigo, que me adivinas
las penas! ¿Estoy enfermo?
¿Qué me importan mis dolores
si me quieres? ¡Ya estoy bueno!
PÍA. ¡Infeliz!
JUAN. Díme, ¿quién vino
en mi ausencia?
PÍA. Pues... vinieron

diez ó doce desterrados,
todos con el mismo empeño
de verte. Como que saben
que fuiste siempre tan bueno.

JUAN. ¡Desterrados! ¡Todavía
más desterrados! ¡No puedo!
¡Mis recursos ya se agotan
y es urgente socorrerlos!
¡Infelices!

PÍA. Sin embargo,
no te preocupes por eso.
En sus tímidas miradas
adiviné sus tormentos,
y con las manos vacías
ninguno salió.

JUAN. ¡No entiendo!
¿Qué nos queda ya?

PÍA. La suerte
les fué propicia.

JUAN. ¿Qué has hecho?

PÍA. No te ocupes de mis pobres
caridades... te lo ruego.
Si no cambia nuestra angustia,
si es nuestro pesar eterno,
¿para qué, dí, me servían
alhajas que nunca ostento?
Y los pobres desterrados
han salido bendiciendo
tu nombre.

JUAN. ¿Cómo podría
describirte lo que siento?
¿Quién se cura de mis penas?
Con lástima ven al viejo
que padece resignado
los males que yo padezco.
Es verdad. ¡Soy un cautivo
en mi propia patria! Pero...
quien logre ver realizados
sus mejores pensamientos:
el monje humilde que sueña
con ser Papa, y llega á serlo,

el pobre desheredado
que vive de aventurero
y recobra de improviso
nombre, honor, fama, derechos,
envidiarían mi suerte
cuando en tus brazos me entrego.

PÍA. Sólo aspiro á ser esclava
del deber.

JUAN. ¡Cómo te quiero!
Cuando en la vida que llevas
junto á mis dolores pienso,
de pronto, me oprime el alma
un tenaz remordimiento.
Cuando por la vez primera
te vi y á la par el cielo,
—que no distinguió mi vista
quién era de quién reflejo,—
era tu gentil figura,
más que un primor, un portento,
y tus años no llegaban
ni aun á veinte... ¡Qué risueños
horizontes! ¡Qué destinos
los de tu vida tan bellos!
Ignorabas mi fortuna,
mi estirpe, mi nacimiento,
y mis años ya pasaban
de treinta. ¡Bien lo recuerdo!
Yo te miré, y á las mías
tus miradas respondieron
sin reparar en la nieve
que, á pesar de tanto fuego,
no sé por dónde, venía
á enredarse en mis cabellos.
Pronto el hacha del tirano
dió fin al idilio... y luego
¡ni las risas, ni las horas
de felicidad volvieron!

PÍA. ¡Ay!

JUAN. Después, ¿cómo viviste
desde el infausto momento
en que, ultrajado y vencido

por un perdón sin ejemplo,
vine á ocultar mi vergüenza
y á llorar sobre tu seno?
Encerrada entre estos muros,
cerca del soldado viejo
perdido para su patria,
desengañado y enfermo,
tú consuelas mis pesares,
como los tuyos eternos.
Hay flores,—también las flores
tienen alma,—que si el viento
caprichoso las arroja
sobre los tupidos hierros
de la medrosa ventana
de un calabozo siniestro,
desdeñan del sol radiante
los magníficos destellos,
de la brisa embalsamada
los arrullos y los besos,
y dedican el encanto
de sus aromas intensos
á calmar los infortunios
de los infelices presos.
Y en este palacio, cárcel
de mis hondos sufrimientos,
eres tú la flor piadosa,
¡y yo soy el prisionero!

PÍA. Basta, basta. Me avergüenzas;
junto á tí, lo mismo lejos,
por mi cansada memoria
cruzan iguales recuerdos.
Los de la hermosa mañana
cuando, al salir de aquel templo,
tus miradas amorosas
y ardientes me sedujeron.
Y entonces yo, seducida
por tus impacientes ruegos,
no fuí, porque no quisiste,
juguete de tus deseos.
¡Y á tu altura me elevaste!
¡Ah! Por Dios... ¡eres mi dueño!

Pide mi sangre, mi muerte,
mi vida. ¡Yo te las debo!

JUAN. Ya de sobra me has pagado
con ser madre de Severo.

PÍA. (¡El! ¡Dios mío!)

JUAN. Te lo juro
por mi amor. Siempre que pienso
en que es tan noble, tan bravo,
tan generoso y tan bueno,
le admiro, porque las ansias
de tu amor así lo han hecho.
¿No he de ser agradecido?
Mas ¿por qué guardas silencio?
¡Si es natural que te quiera
más que á mí! ¡Si lo comprendo!
¡Si es el fruto de tus altos
y admirables pensamientos,
de tus afanes continuos,
de tus continuos desvelos!
¡Si le has nutrido cien veces
con el jugo de tu pecho
y con la vida del alma,
que aún es más, al mismo tiempo!

PÍA. ¡Oh! ¡Calla, por Dios!

JUAN. ¿Que calle?
¡No puede ser!

PÍA. ¡No merezco!..
Permite que te abandone
un instante, porque aún tengo
que remitir más socorros
á los desterrados. ¡Vuelvo!

JUAN. ¡Dios te pague con la gloria
tanto bien como te debo!
(*Le besa las manos*)

ESCENA II

JUAN BAUTISTA *y* SEVERO

JUAN. ¡Sigue tu senda, mujer,
que al fin tu premio hallarás!
(*Dirigiéndose á Severo, que entra.*)
¿Llegas? Tardaste en volver.
¡Mira! Siempre que te vas
te quisiera detener.
SEV. ¡Padre! (*Con gran exaltación.*)
JUAN. ¿Qué? Tu mano fría
tiembla.
SEV. ¡Vencer ó morir!
JUAN. ¿Qué dices?
SEV. ¿No ves lucir
en mis ojos la alegría,
la esperanza, la ilusión?
Una vez nuestro tirano
quiso levantar su mano
y concederte perdón.
Y en aquel terrible instante
en que el vil te perdonaba,
mientras que su voz gritaba,
cada vez más arrogante
tu acento, firme y seguro,
de tu voluntad, le dijo:
«Tirano, ¡si tengo un hijo
me vengará! ¡Te lo juro!»
¡Padre! Se acerca el momento
en que las gentes vendrán
á buscarte, y te dirán:
«¡Se cumplió tu juramento!»
JUAN. ¡Hijo! ¡Por Dios! ¡Mucha calma!
SEV. Pués qué, ¿no llevo tu nombre?
¡Nació el hijo, y es ya un hombre

con ofensas en el alma!
El mismo pueblo, que oyó
tus amenazas, dirá,
si tardo, que es tiempo ya
de que las recuerde yo.

JUAN. ¿Qué pretendes?

SEV. ¡Padre!

JUAN. ¿Qué?

SEV. ¿Qué? ¡Matarle! Verle muerto
á mis plantas. ¡Y te advierto
que sobre Dios lo juré!
Que en su justicia confío.
Somos cuatro, nobles, fuertes.
¡Ah, pero, de todas suertes,
será el primer golpe el mío!
¡Vieras antes apagada
la luz del sol, seco el mar,
que conseguir esquivar
su pecho mi puñalada!
¿Me comprendes? (*Transición.*) ¿Me condenas?

JUAN. ¡Yo, jamás! ¡Si así te quiero!
¡Ah! Si es mi sangre, Severo,
la que corre por tus venas;
si tú sientes mis agravios
porque mi sangre los dice;
¡si soy yo quien los maldice
al maldecirlos tus labios!

SEV. ¿Temes? ¡Padre!

JUAN. ¿Yo temer?

SEV. ¿Tiemblas?

JUAN. Jamás he temblado.

SEV. ¡Padre, padre!

JUAN. ¡Lo has jurado!
¡Hijo, cumple tu deber!
(*Mostrándole los retratos y armaduras que decoran el salón.*)
Mira: ¡tus abuelos! ¡Más!
Míralas: ¡sus armaduras!
¡Ay de ti si en balde juras,
si te arrepientes...

SEV. ¡Jamás!

JUAN. Si no imitas sus hazañas,
si dudas ó si perdonas,
si tanto nos ilusionas
y luego nos desengañas.

SEV. ¡Oh, jamás! ¿Quién representa
sus nombres, sus glorias, quién?

JUAN. Son mis padres, y también
les ha dolido mi afrenta.
Ellos vienen á llorar
contigo mis amarguras.
¡Oh! Mira sus armaduras,
¡algo las hace vibrar!
Ten arrojo y osadía.
¡No dudes!...

SEV. ¡Yo! ¡Bueno fuera!
¡Padre, si aunque lo quisiera
mi madre, si no podría!

JUAN. ...porque al cumplir mi amenaza,
si en tu brazo de repente
hay más vigor, es que siente
el de toda nuestra raza.

SEV. ¡Bendíceme, pues!

JUAN. ¡Dios mío!
Tú que dejas que el volcán
lance sus lavas, que van
corriendo en ardiente río;
Tú, Señor, debes querer
que los que sufren el yugo
del más infame verdugo
lo puedan al fin romper.
Bendice la voluntad
del que quiere con su acero
devolver á un pueblo entero
su honor y su libertad.
¡Es el hijo que lloró
con hiel y sangre mi llanto!
¡Bendícelo tú, Dios santo,
como lo bendigo yo!
Por la angustia, la inquietud
y las negras agonías
de tantos y tantos días

de infamante esclavitud;
por los que miran los fueros
de su dignidad burlados;
hijo, por los desterrados,
por los pobres prisioneros,
por las grandes esperanzas
que nuestro afán acaricia,
por los que piden justicia
y sólo encuentran venganzas,
¡en nombre de todos, yo
te quisiera bendecir!!...

SEV. ¡El hijo sabrá cumplir
lo que su padre juró! (*Se abrazan*).

ESCENA III

JUAN BAUTISTA, SEVERO *y* DOÑA PÍA.

JUAN. ¡Tu madre!

PÍA. ¿Qué has dicho? ¿qué?
¡Severo! Callas; ¿qué intenta?

JUAN. ¡Cuéntalo!

SEV. ¡Padre!

PÍA. ¡Sí!

JUAN. Cuenta,
que yo te defenderé.

SEV. ¡Si es mi madre!

JUAN. Pues por eso.
Para el peligro en que vas
á empeñarte, vale más
que mi bendición su beso.

PÍA. ¡El! ¡Tú! ¿Qué ocurre? ¿Quién dijo
que tú...

JUAN. No dudes. Pretende
castigar á quien le ofende
y vengar como buen hijo

á su patria y á su padre
y á su honor...

PÍA. ¡Vengar! ¿Vengar?
Pero ¿qué intentas?

SEV. ¡Matar
á Spínola!

PÍA. ¡Nunca!

SEV. ¡Madre!

PÍA. ¡Nunca, por Dios!

JUAN. ¿Pues no acabas
de alentar á tanta gente?...

PÍA. ¡Por Dios!

JUAN. ¡Tu grito desmiente
la entereza que demostrabas!

SEV. ¡La dignidad de los dos
me lo ordena y el deber!

JUAN. ¿Lloras? ¡Ay! ¡Al fin mujer!

SEV. ¡Es necesario!

PÍA. ¡Por Dios!

JUAN. Pero dí, ¿no dabas antes
tus joyas, y no te dije?...

PÍA. ¡Sí!

JUAN. ¡Pues bien, Pisa te exige
algo más que tus brillantes!

PÍA. (*A Severo.*) Y tú ¿no ves mi tormento?

SEV. ¡Sobre Cristo lo juré!

PÍA. ¡Hijo!

SEV. ¡Madre! Cumpliré,
¡cumpliré mi juramento!

PÍA. (*A Juan B.*) Déjanos. Quiero llamar
á su corazón.

JUAN. No esperes.
(¡Infeliz! ¡Y tú, que quieres
y que no quieres llorar!)

SEV. ¡No es posible que me pare
á medio camino andado!

JUAN. ¡Si Dios lo tiene mandado!

PÍA. ¡Solos ya! ¡Que Dios me ampare!

ESCENA IV

DOÑA PÍA *y* SEVERO.

PÍA. ¡Oye!
SEV. ¿Qué, madre?
PÍA. ¡Dí! ¿Me quieres? ¡Oye!
Spínola es un monstruo, no lo niego;
al escuchar su nombre miserable,
de escucharlo tan sólo me estremezco.
Sus triunfos y sus crímenes ofenden,
más que á los mismos hombres, á los cielos.
La muerte más horrible no sería
pena para sus culpas. ¡Le aborrezco!
Y, sin embargo,—mide mis palabras,—
te vale más que vivas como un perro,
que de tu fe te apartes, que sucumbas
presa de los martirios del infierno;
todo, ¿comprendes bien? ¿comprendes? antes
que ni toques, siquiera, sus cabellos.
SEV. ¡Ah! ¡Me espantas!
PÍA. Llegó, por fin, la hora
de revelar el lúgubre secreto.
¡Muros, cäed, cäed y sepultadnos
si me queréis librar de mi tormento!
SEV. ¡Madre! ¡Por Dios, por Dios!
PÍA. ¡Hijo del alma!
¡Ah! No me quieres.
SEV. Más que nunca. Pero,
madre, lo sabes ya, sobre Dios mismo
hace poco presté mi juramento.
Y al compromiso irrevocable y justo
¿podré faltar?
PÍA. ¡Sí!
SEV. ¡No, madre, no puedo!

PÍA. ¡Sí!
SEV. ¡No, no! ¿Por qué tiemblas? ¿No respondes?
¡Ah! ¿por qué tiemblas? Dime.
PÍA. ¡Dios eterno!
¡Ah! Tú no sabes, hijo, no comprendes;
aplaca tu rencor y tu desprecio.
Yo no sé qué decirte. ¡No! ¡La angustia
¡ay! me destroza el corazón, ¡Severo!
Aquel perdón rarísimo, ¿no sabes?
aquel perdón que surge del misterio...
¡El verdugo!... ¡Torelli solamente
salvado!
SEV. ¡No, no, no! Si no lo crëo.
¡No, madre mía, no!
PÍA. Sí, ¿te retuerces
las manos? ¡tiemblas ya! ¡vas comprendiendo!
SEV. ¡Oh! ¡Monstrüoso, madre!
PÍA. Sin embargo,
todo lo que sufrí debes saberlo.
Siempre las amenazas, las cadenas
y los verdugos siempre, ¡qué recuerdos!
Estaba como loca. ¡No tenía
ni á quien volver los ojos en mi duelo!
¡Qué ley! ¡Qué horror! ¡La muerte al que conspire!
¡Qué infamia! ¡Qué crueldad! Y estaba preso.
En balde separé la dura mano
del vil esbirro que llegó primero.
¡Eran tan fuertes! ¡Me dejaron sola!
Y entonces mi aterrado pensamiento
sólo supo vivir atormentado
por una aspiración, por un deseo.
¡Ver al infame! ¡Demandar clemencia!
¡Llorar; cubrir sus manos con mis besos!
SEV. ¡Oh!
PÍA. ¡Me despedazaban mis dolores!...
SEV. ¡Oh! ¡Basta ya!
PÍA. Y en mi suplicio horrendo
ni tuve previsión, ni tuve calma,
ni al gibelino distinguí del güelfo.
¡Oh, sí! ¡Mi afán necesitaba verle!

¡Ver á Spínola!

SEV. ¡Madre!

PÍA. ¡Y aún le vëo!
¡Y en su trono! Diabólica sonrisa
vagando está sobre sus labios gruesos,
de un gran collar magnífico dë oro
va la siniestra mano suspendiendo,
y cuando, medio muerta, ya rendida
por el cansancio del inútil ruego,
ante sus plantas me postré de hinojos,
«Eres hermosa» respondió su acento.
Al escuchar sus cínicas palabras,
yo no sé qué me levantó del suelo.

SEV. ¡Oh! ¡Miserable!

PÍA. ¡Sí! Y el miserable,
acercándose á mí, siguió diciendo:
«Mañana, ya lo sabes, á la aurora,
con las manos atrás, desnudo el cuello,
subirán al patíbulo tres hombres.
Ya sus sentencias publiqué. De lejos,
desde muy lejos llegarán las gentes
para mirar el fin de sus tormentos.
Dos morirán ¡de fijo! Sobre el otro
verás también el hacha. ¿Tiemblas? Pero...
el hierro no caerá, si tú no quieres...»

SEV. ¿Y el hierro no cayó?

PÍA. ¡No cayó el hierro!

SEV. ¿Y no cubrió la tierra tal infamia?

PÍA. Hijo, debí matarme, lo comprendo;
mas, ya lo sabes, le salvaba; quise
volverle á ver y castigarme luego.
Tan sólo por mi amor dudé cobarde
y cuando, al verle, me gritó: «Si acepto
la gracia que el tirano me dispensa,
es por tí nada más...» ya ves, le quiero
con tan profundo amor... que fuí su esclava.
Cuando le contemplé, vencido, enfermo,
encerrar en los muros de esta casa
los males de su espíritu y su cuerpo,
me dijo el corazón: «¡Es necesario
salvarle! ¡Vive!» y en aquel momento...

¡Hijo! Por Dios!

SEV. ¿Y entonces?

PÍA. ¡Ay! Entonces
tú... ¿comprendes?

SEV. ¡Ay, madre, si comprendo!
¿Y en el instante en que llegaba al mundo
aquel hijo infeliz del adulterio
no tuviste valor?... (*Indicando la acción de ahogar.*)

PÍA. ¡Oh! ¡Soy tu madre!
¡Piedad! ¡piedad!

SEV. ¡Perdón! ¡Ay! Enloquezco.
Escucha. La conciencia me abandona,
todo mi ser desgárrase por dentro,
la sangre de mis venas me repugna,
y de mi propia carne me avergüenzo.
Hijo suyo. ¡No! ¡no! ¿Yo, del infame?
¡Y el otro tan magnánimo, tan bueno!
¡El por hijo me quiere, madre mía!
¡Y él es, él es mi padre verdadero!
¡Con qué dulce cariño, descuidado,
abrigaba la víbora en su seno!
¡Y mis besos de niño! ¡Tantas veces!
¡Si alguna vez supiera mi secreto!
¿El? ¡Jamás!

PÍA. ¡Oh! ¡Jamás!

SEV. ¡Si lo supiera
vomitaría con horror mis besos!
¡Ay! ¡Perdón, madre, que tu culpa es leve
para tanto castigo!

PÍA. ¡No, Severo!

SEV. ¡Y vosotras, efigies venerables
(*Dirigiéndose á los retratos y á las armaduras.*)
de mis antepasados, mis abuelos,
siempre vuestras miradas me seguían
con visible rencor en otros tiempos.
Entonces era niño, y á menudo
os contemplaba con amor. ¡Comprendo!
¡Y vosotras también, las armaduras!...
Del hierro duro, por los raros huecos,
brotaban maldiciones y sollozos
y vivo resplandor de luz de infierno.

¡Maldiciones y rayos! ¡Oh, ¡Torellis!
Desde la negra costa de los muertos
vuestros progenitores se escapaban,
al ladrón y al intruso maldiciendo.
Sí; ladrón de mi nombre, del escudo
que en mis anillos y en mi espada llevo,
hasta de las monedas miserables
que tantas veces prodigué risueño,
y en las que el rostro de mi padre, horrible,
coronado se ve, como Tiberio.
¡Y es natural, quien nace de asesino
para ser un ladrón tiene derecho!

PÍA. ¡Dios mío!

SEV. ¡Redoblad vuestras miradas;
vuestra furia! ¡Ya todos lo sabemos!
¿Y mi fama? ¡Dios mío! ¡Cuántas veces,
y cuántas, al volver de mis pasëos,
mujeres con amores y entusiasmos
«Abrazad á mis hijos,» me dijeron.
¡Y me saludan todos! ¡Infelices!
¡Estoy leproso! ¡Mancho y escarnezco!
¡Apartäos! ¡La sangre que me hiela
es sangre de serpiente! ¡Sí! ¡no miento!
¡Es sangre de Barnabo! Los humildes
que me miráis con cándido respeto,
buscad piedras. ¡Tirad! ¡Estoy leproso!
¡Apedrëadme! ¡Quebrantad mis huesos!

PÍA. ¡Ah! ¡Por piedad! ¡No sabes lo que dices!
¡La razón te abandona! ¡Tengo miedo!

SEV. ¡Ay! ¡Te perdono, madre! ¡Que tan solo
por impulsos de amor pudiste hacerlo!

PÍA. ¡Hijo de mis entrañas! ¡Obedece!
Te separo del crimen... ¡Y á qué precio!
¡Cambié tu amor por odio! Sin embargo,
era preciso. ¡Justo! ¡Desfallezco!
¡Tú parricida! ¡No!

SEV. ¡Sobre Dios mismo
hace poco presté mi juramento!

PÍA. ¡Hijo!

SEV. ¡Madre! ¡Jamás!

PÍA. ¡Ay! ¡No me quieres!

¡Por Dios!

SEV. ¡Madre! ¡Piedad!

PÍA. ¡Por Dios, Severo!

(*Arrodillándose á los piés de su hijo.*)

SEV. ¡Y aún dudo! ¡madre! ¡Dios! ¡Mándame un rayo!
¡El rayo mata, pero alumbra al menos!

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Una calle cerca del *Duomo*. En medio de la escena un león de piedra sobre su pedestal, en el que se ven escritas con carbón estas palabras: *Muera Spínola*. Palacios á derecha é izquierda. Es á la hora de la puesta del sol.

ESCENA PRIMERA

RENZO, ERCOLE, LIPPO, *hombres y mujeres del pueblo. (Al levantarse el telón la gente del pueblo rodea el león, enseñándose unos á otros la inscripción del pedestal y riéndose á carcajadas.)*

HOM. 1.° Lëón caduco y cobarde
ruge, ¡si puedes!
HOM. 2.° ¡Que muera
Spínola!
LA TUR. ¡Muera Spínola!
HOM. 2.° ¿Y en todos la misma ofensa?
HOM. 1.° En todos los pedestales
de los lëones de piedra,
y sobre el inmenso lomo
de mármol del que se ostenta,
como un monarca, en el atrio

de la catedral.

HOM. 3.º Las letras
son enormes.

HOM. 1.º Pues en todos
son iguales.

HOM. 2.º Piedras, piedras;
¡á tí, florentino... güelfo
tirano!

HOM. 1.º ¡Seguidnos! ¡Muera!
¡Á la catedral! Seguidnos.

LATUR. ¡Pronto! Vamos.
(Salen en tumulto. Durante un rato se deben oir sus voces, que se van perdiendo en la distancia.)

REN. ¡Qué imprudencia!
¡Pueden perdernos!

LIP. Spínola
redoblará con las penas
las asechanzas.

REN. ¡Oh! Siempre
el pobre pueblo se deja
llevar como un niño.

LIP. ¡Mira
si corren!

REN. ¡Los que vocëan!
Sus roncos gritos parecen
lejano rugir de fieras;
las luces de las antorchas
con que rasgan las tinieblas,
trémulos rastros de sangre
que sobre las sombras quedan.

ERC. ¡Son más cada vez!

LIP. Ya doblan
la esquina.

REN. Sí. Ya se alejan.
Y luego, cuando se acaban
las situaciones burlescas,
y para cambiar el paso
nuevos personajes entran
que contra sus voces tienen
el silencio de la fuerza,
cuando las temidas lanzas

de Barnabo la rodëan,
huye la gente lo mismo
que los rebaños de ovejas.
¿De qué servirán las manos
más fuertes que no obedezcan
solamente los serenos
dictados de la cabeza?
La verdad es que si frustran
nuestro plan...

ESCENA II

DICHOS y SEVERO (*absorto en sus meditaciones*).

SEV. (¡Tarde funesta!
¡Noche horrible! ¡Cuántas sombras!
¡Él mi padre!... ¡Si pudiera
morir!... ¿Cómo, si he jurado
lo que juré?)
REN. ¿Quién se acerca?
Severo.
SEV. ¡Vosotros!
ERC. Mira.
(*Enseñándole el ¡Muera Spínola! que aparece en el pedestal.*)
SEV. ¿Qué?
LIP. ¡Mira!
SEV. ¡Maldito sëa
quien así nos compromete
con tamañas ligerezas!
REN. Furioso por tanto ultraje,
ya veréis cómo se venga
y con qué crueldad Spínola
de amenazas y de ofensas.
Profanar estas efigies,
¿no es insultar á Florencia?
Diez hombres ha detenido,

y con su escolta los lleva
por las calles, proclamando,
si es que no se le presentan
los culpables, que mañana
rodarán las diez cabezas.

SEV. ¡Oh! ¡No es posible!

REN. ¿Qué haremos?

SEV. Quien así tira la piedra,
y luego esconde la mano,
es un vil.

REN. ¡Cuánta vergüenza!

LIP. ¡Diez víctimas!

SEV. ¡No es posible!
¡Oh! ¡No es posible que mueran!

ERC. Pero ¿qué hacer?

LIP. ¡Calla! ¡Vienen!

SEV. ¿Quién?

REN. Spínola se acerca.

SEV. (¡Él! ¡Y tendré que mirarle!)

REN. ¡Prudencia! ¡Mucha prudencia!
No olvidemos que podría
costarnos cara la fiesta.

ERC. ¡Ya viene!

SEV. (¡Si no le mato!...)

LIP. Mira, Severo.

REN. ¡Ya llega!

ESCENA III

DICHOS *y* BARNABO SPÍNOLA, EL ALGUACIL MAYOR, *soldados, prisioneros, gente del pueblo que los sigue y entra dando voces.* (*Cuadro muy animado.*)

ALG. ¡Guardias! Barred esas gentes
á lanzadas, y que callen.

SEV. (¡Él!)

ALG. ¡Aquí los prisioneros! (*Junto al pedestal.*)

SEV. (¡Él! ¡Nunca! ¡Soñó mi madre!)
REN. ¿Tiemblas? ¿Qué tienes?
SEV. ¿Yo? ¡Nada!
(Que no lo sospeche nadie.
¿Qué miro? ¡Nos parecemos!
¡Oh! ¡si pudiera matarle!
¡Y es él quien nos tiraniza!
¡Y es mi padre! ¡y es mi padre!

BAR. (*Entra, coincidiendo con las anteriores palabras de Severo, armado de punta en blanco, y le rodean guardias con alabardas. Es completamente de noche. Varios hombres de la comitiva de Spínola llevan antorchas encendidas.*)

Por última vez, sabedlo,
vosotros que me escucháis,
que veis en estos lëones
el símbolo noble y grande
de mi poder. En sus anchos
y robustos pedestales
letras enormes publican
propósitos miserables.
Florencia, no mi persona
es quien sufre tal ultraje,
¡y vive Dios, que Florencia
no los sufre de cobardes!
De diez cabezas dispongo,
que á diez lëones osasteis.
Ley del Talión. Si mañana
el vil que traiciones hace
y entre las sombras se oculta
su traición no delatare,
rodarán las diez cabezas,
lavándola con su sangre.
Sólo diez horas aguardo,
que son ya tiempo bastante.
Si entre vosotros se encuentra
el traidor, ¡que salga y hable!
SEV. (¡Dios me inspira, y de seguro
no puede impedirlo nadie!
¡Salvo á diez hombres y muero!)

¡Spínola!

BAR. ¿Qué?

SEV. Delante
de ti, sin temer tu furia,
tienes por fin al culpable.
¡Soy yo!

BAR. ¡Tú! (¿Qué es lo que intenta?)

SEV. Soy yo. Me delato. Mátame.

LA TUR. ¡Ah!

ERC. No es posible.

REN. ¡No, pero
pretende sacrificarse!

LIP. ¡Qué corazón!

REN. ¡Siempre el mismo!
(*El alguacil se dirige hacia Severo, para detenerle.*)

BAR. Aguardad, sólo un instante,
señor alguacil.

ALG. Confiesa
que fué su mano...

BAR. Soltadle.
(*A Severo.*) Tú no fuiste.

SEV. ¿Cómo?

BAR. ¡Mientes!

SEV. (¡Y no poder arrancarle
la lengua!)

BAR. ¡Mientes!

SEV. ¡No miento!

BAR. ¡Sólo tratas de engañarme!
Tienes valor; demasiado.
¡Quieres que no se derrame
la de los diez inocentes,
y das en cambio tu sangre!
Es inútil. No me sirven
abnegaciones tan grandes.
Voy persiguiendo las huellas
del verdadero culpable;
quiero castigar perfidias,
nunca generosidades.

SEV. ¡Spínola! ¡Que no miento!

BAR. ¡Mientes!

SEV. Soy yo... pronto... ¡mátame!

BAR. Digo que no. Ten más calma,
y haz el favor de escucharme.
(*Acercándose á Severo.*)
¡Me aborreces! ¿Quién lo duda?
¡Y es natural que te pague!
¡Te desprecio! Si te salvo,
déjame, pues, que te salve.
¡Domina tus imprudencias!

SEV. ¡Nunca!

BAR. (*Al oído de Severo.*) (¡Si debes callarte!
Porque si quiero, ¿comprendes?
tu nombre y el de tus padres
y tu honor...)

SEV. ¡Callad!

BAR. (Si quiero..)
(*Al pueblo.*)
¡Miente! ¡Pedidle que hable!

SEV. (¡Dios mío! ¡Jesús!)

BAR. Confiesa
que mintió. Que se delate,
que salga de su misterio
quien se precia de injuriarme.
Sólo diez horas le aguardo;
seguid todos adelante.
(*Al alguacil.*) Vamos, pronto, que ya es hora
para la fiesta. (*A Severo.*) ¡Ya sabes!
(*Al pueblo.*)
Quedad con Dios. (*Al alguacil.*) Si esas gentes
se obstinan en molestarte,
no dudes, y con las lanzas
vé despejando las calles.
(*Salen Spínola y su comitiva, y sígueles el pueblo.*)

ESCENA IV

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO.

REN. ¿Qué te dijo?
ERC. ¿Qué te dijo?
SEV. ¡Callad!
LIP. Pero...
SEV. Sabed sólo
que sus malditas palabras
acrecentaron mis odios.
LIP. ¿Y esos diez?
ERC. ¡Es imposible!
LIP. ¡Oh! ¡Que muera! ¡muera!
REN. ¡Locos!
LIP. ¡Esta misma noche!
ERC. ¡Vamos!
REN. ¡Prudencia!
LIP. ¡Calla!
REN. ¡Y aplomo!
Que cuando reciba el golpe
no se burle de nosotros.
He conspirado con suerte
y de matarle respondo.
¡Quizás hoy mismo!
LIP. ¿Qué dices,
Renzo?
SEV. (¡Qué pronto! ¡qué pronto!
¿Tiemblo? ¿Qué es lo que me pasa
que apenas me reconozco?)
Sepamos primeramente
lo que propones.
REN. Propongo
un plan completo. Barnabo,
sabedlo bien, es un monstruo
que siente el remordimiento

de sus instintos diabólicos,
y pretende redimirse
de sus culpas y sus odios
con oraciones fervientes,
con rezos supersticiosos.
¿Quién no conoce la hermosa
capilla baja del *Duomo*?
En su altar, y entre cristales
y sobre paños valiosos
que en sus profusos bordados
unen las sedas al oro,
se venera por las gentes
desde tiempo ya remoto
el de Santa Catalina
rico velo milagroso.
Allí va todas las noches
Spínola. Si el soborno,
que es tan útil muchas veces,
ó el estímulo precioso
de un buen golpe de monedas,
ó el impulso patriótico
de un corazón esforzado,
vienen en nuestro socorro,
—y en algo seguro fío
cuando anuncio mis propósitos—
os hallaréis esta noche
él y tú...

SEV. ¿De veras?
REN. Solos.
SEV. ¿Dónde?
REN. Allí.
ERC. ¿Qué dices?
SEV. ¿Cuándo?
REN. Muy en breve.
SEV. Pero... ¿cómo?
REN. Permitidme que concluya.
SEV. Concluye.
REN. Si Fray Antonio
en cuya lealtad descanso,
nos quiere prestar su apoyo,
todo puede conseguirse,

y conseguirse de un modo
perfecto, si no nos falta
nuestra astucia ni tu arrojo.
Años hace fué la hermosa
capilla baja del *Duomo*
lugar en que cometióse
cierto crimen espantoso.
Desde aquel infausto día,
lo mismo el que ocupa el solio
que el que vive en la miseria,
el pobre que el poderoso,
al entrar en la capilla
entran desarmados todos.
Barnabo también, ¿comprendes?
Ni sus guardias numerosos
le valdrán, ni de su acero
terrible los golpes prontos
que da, ni de su garganta
los gritos altos y ansiosos,
porque serán insensibles
los muros, los ecos sordos.
Allí tú con él; afuera
vigilaremos nosotros.
Y después, después... el Arno,
que es un río misterioso,
se llevará su cadáver
hasta enterrarlo en su fondo.
¿Qué decís?

LIP. }
ERC. } ¡Bravo!

REN. ¿Conformes?
¿Y tú? *(A Severo.)*

ERC. ¿Meditas absorto?

LIP. ¿Es que te arrepientes?

SEV. ¡Nunca!
(¡Si me venderá mi rostro!)

REN. Para saber si podemos
arriesgarnos falta poco.

ERC. ¡Mejor!

REN. Decididamente,
¿puedo contar con vosotros?

SEV. ¡Sí!
REN. Cuando suenen las once,
en la escalera del pórtico
de San Juan, nos reuniremos.
ERC. ¡Bien!
REN. Y si mis ansias logro,
tú *(á Severo)*, gloria y honor de Pisa,
nos vengarás del oprobio
de un yugo que ya envilece
y que apenas ya soporto...
SEV. ¡Y que con estas mis manos
voy á convertir en polvo!
REN. ¡Adiós!
SEV. ¡Que ninguno falte!
LIP. ¡Yo, no!
SEV. ¡Bien!
ERC. ¡Ni yo tampoco!

ESCENA V

SEVERO.

SEV. Es necesario que venza
mi duda... ¿y cómo poder
estimular al deber
si me humilla la vergüenza?
¡El más ligero murmullo
del aire á mi alrededor
dice faltas de mi honor,
pide cuentas á mi orgullo!
En el campo ó la ciudad,
allí donde voy huyendo,
una voz me va diciendo:
«Es tu padre.» ¡No es verdad!
Hacia el campo-santo fuí,
y al entrar, sobre el oscuro
y vago fondo, en un muro

cierto nombre distinguí:
«¡Torelli!» Y en la carrera
que di, mientras me escapaba,
no sé quién, detrás, gritaba:
«¡Intruso, bastardo, fuera!»
¡Y es preciso que decida!
Es preciso resolver
muy pronto. ¿Qué voy á ser?
¿Perjuro? ¡No! ¿Parricida?
¡Qué zozobra! ¡Qué tormento!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Estoy loco!
¡Me mataré! No, ¡tampoco!
¿quién cumple mi juramento?
¡Destrózate la razón!
Sé perjuro... ¡no, jamás!
Pues parricida, no hay más;
no tienes más solución.
¡Ay, si es fatal mi desgracia,
préstame, Naturaleza,
valor al menos, firmeza
de voluntad! ¿Y la audacia
de insultarme? ¿No escuché
yo sus injurias?... ¡A mí!
¡Frente á frente! ¡Sí, sí, sí!
¡No dudo! ¡Le mataré!
¡Sin vacilar! ¿Y si insiste
mi pobre madre?... ¡Perdón!
¡Madre de mi corazón,
qué desgraciado me hiciste!

(*Cae desvanecido sobre un banco, delante del león. En este momento óyese una música, no muy distante, que preludia una serenata. Poco después canta una voz la estrofa siguiente:*)

«¡Báquica orgía,
calle tu voz!
¡Bendito sëa
siempre el amor!»

(*Calla la música. Severo se incorpora y dice:*)
Y ayer con sed de pasiones
mi corazón despertaba...

¡Y ayer mismo no pensaba
sino en glorias é ilusiones!
¡Ilusiones! ¡Una flor
que entre la yerba crecía,
me impresionaba y me hacía
estremecerme de amor!
Tan sólo con admirar
el sol y el azul del cielo,
sentía no sé qué anhelo
indefinible de amar,
y de bendecir á Dios,
y de luchar y vencer...
Dichas y encantos de ayer,
glorias y ensueños, ¡adiós!
(*Vuelve á caer desvanecido sobre el banco. Suena de nuevo la música y se oye la segunda mitad de la estrofa.*)

. . . . . .

«¡Bendito sea
siempre el amor!»

ESCENA VI

SEVERO Y PORCIA.

(*Mientras que la música deja oir el ritornello de la serenata, Porcia, vestida de fiesta, y envuelta en un velo blanco, atraviesa con cuidado y temor la plaza, y sin que Severo lo advierta, se aproxima, cuando lo indica el diálogo, al banco en que se recuesta aquél.*)

POR. (Dejo la fiesta ruidosa
porque su angustia me llama,
¡Virgen misericordiosa!
¿Seré yo la mariposa
que va á morir á la llama?)

SEV. Gratos ecos del placer,
¡con cuánta pena os escucho!

¡Si yo pudiera querer
y que me quisieran mucho!
Pero no, no puede ser.
Deshonrado, escarnecido,
¿ya qué valgo? ¿ya qué espero?
Ni el consuelo del olvido.

POR. ¡No me ven! ¡Está dormido!

SEV. ¡Ay!

POR. ¡Severo!

SEV. ¿Quién?

POR. ¡Severo!

SEV. ¡Ah!

POR. ¡Por Dios!

SEV. ¿Quién eres, dí?
¿Qué es lo que buscas aquí?

POR. Una mujer que dará
toda su vida por tí.

SEV. ¿Quieres engañarme ya?

POR. Oyeme, por Dios.

SEV. ¿Ahora?

POR. Soy una mujer que implora;
una mujer que te quiere;
no, mucho más: que te adora
y que por tu amor se muere.

SEV. ¡Y en qué instante me convida!...
¡Cuando ya de todo temo
y hasta mi voz me intimida!

POR. También quizás en mi vida
es el instante supremo.
¡Si vieras lo que sufrí!..
¿Sabes tú que cuantas veces
detrás de tus pasos fuí
todo lo que conseguí
fué probar tus esquiveces?
¡Ah! ¡Discúlpame siquiera!

SEV. ¿Qué dices?

POR. ¡Perdón!... ¡perdón!
¡Te quiero de tal manera!...
¡Cada vez con más pasión!

SEV. ¿Sí?

POR. ¡La pasión verdadera

no encuentra quien la quebrante,
no desmaya ni en la cruz,
sufre los golpes constante,
y lo mismo que el brillante
devuelve rayos de luz!

SEV. ¡Bendita sëas!

POR. No crëas
que te engaño. ¿Me perdonas?
¿Y es posible que me vëas
con amor?.. ¿Y me abandonas
tu mano?

SEV. ¡Bendita sëas!

POR. ¡Oh! ¡Quiéreme, te lo ruego!

SEV. ¡Por Dios, no me martirices!
¿Estaré loco? No... ¿Ciego?
¿Y es verdad lo que me dices?
¿Que me quieres?

POR. ¡Que me entrego!
Que, si quieres, besaré
donde pisas; que seré
tu esclava fiel y amorosa...

SEV. Debes ser buena. Más...

POR. ¿Qué?

SEV. Debes de ser muy hermosa. (*Intentando descubrir su rostro.*)

POR ¡Ah!

SEV. ¡Déjame! Por favor,
un momento...

POR. ¡Calma! ¡Calma!
(*Durante esta parte de la escena debe escogerse otro momento oportuno para que vuelva á oirse la música de la fiesta.*)

SEV. ¡Ay! Al rayo de tu amor
se va entreabriendo mi alma,
como á la brisa la flor.

POR. ¡Por fin te puedo mirar
sin padecer, sin temblar!

SEV. ¡Dios mío!

POR. ¡Severo!

SEV. ¿Lloro?
¡Parece que ya te adoro!

¡Me estás haciendo llorar!
Otra vez lloro, y espero....

POR. ¡Que Dios bendiga tu llanto!

SEV. ¡Hace ya tanto.....!

POR. Severo,
de seguro que no es tanto
como desde que te quiero
y te consagro mi fé,
como desde que te amé,
como desde que te vi,
porque... la verdad... no sé
lo que fué primero en mí.
Hay horas más seductoras
que las de claras auroras
y aun que las de buena suerte,
y yo debí conocerte
en alguna de estas horas.
Era en los tiempos mejores
de mis esperanzas; era
cuando al volver los amores
pisan la alfombra de flores
que tendió la primavera,
y en Mayo, mes de alegría,
y en los instantes sería
en que, al morir la mañana,
da en la iglesia la campana
el toque del mediodía.
Nunca vi sol más radiante
ni sentí más anhelante
ni más intranquilo afán
que el de entonces. Fué delante
del pórtico de San Juan.
¡El cántico de victoria
de la gran naturaleza!
¡Sus galas, que son su gloria!
¡todo vuelve á mi memoria,
todo con igual belleza!
Los claveles y rosales
que dan en *villas* cercanas
efluvios primaverales;
el sol sobre los cristales

en balcones y ventanas;
los murmullos de las fuentes
y las calles y las gentes...
y hasta las hojas de yedra
que sombrëaban las frentes
de aquellos santos de piedra.
Al revolver una esquina,
de improviso, grave, triste,
como el que absorto camina
en su mal y no domina
su dolor, apareciste.
¡Cómo en tu inquieta mirada
adiviné tu amargura!

SEV. ¡Oh! Sí. ¿De veras?

POR. ¡Tu espada
sentía en su empuñadura
tu diestra mano cruzada,
como dispuesta al menor
arrebato de furor
á poder vengar agravios,
y en tus entreabiertos labios
sujetabas una flor!
Y te detuviste...

SEV. ¿Sí?

POR. Ocultando mal tu anhelo...

SEV. Y entonces... entonces, ¡dí!

POR. Estabas mirando al cielo.

SEV. ¿Me estaba mirando en tí?

POR. No sé lo que te pasaba,
ni lo quisiera saber;
sé que tu boca juraba
y que la flor se escapaba
de tus labios, sin querer;
sé que yo la recogía,
dándome razón apenas,
y que después la mordía,
para ver si me infundía
algo, muy tuyo, en mis venas.
Y sin reparar en mí,
tú... te seguiste alejando,
yo... quise correr á tí,

pero no me decidí,
que me detuve llorando.
Y una voz desconocida,
que siempre con ansia escucho
y que nunca se me olvida,
me dijo: «¡Quiérele mucho,
aunque te cueste la vida!»
Llena de amor, tal cual es,
mi vida entera te doy.
¡Quiéreme, quiéreme, pues,
por compasión, que ya ves
que sin ti sin vida estoy!

SEV. ¡Mujer, quien sëas, piedad!
¡Dame la felicidad
que mi angustia necesita!

POR. ¿Sí? ¿Ya me quieres? ¿Verdad
que ya me quieres?

SEV. ¡Bendita,
bendita sëas! (E ignora
mi afrenta, mis desengaños,
y conmigo siente y llora,
y si me adora, me adora
por mí, por mis pocos años.
¡Sí! Por las mismas razones
por que va mi juventud
en pos de las ilusiones.
¿Qué saben los corazones
de escrúpulos de virtud?
Si me quiere, que me quiera
por mí, y en su amor confío.)

POR. (¿Y si después de que viera
mi rostro me maldijera
por ser lo que soy? ¡Dios mío!)

SEV. Puesto que tú me querrás
con la misma buena fe...
¿Por qué tiemblas?

POR. Tú dirás.

SEV. Oye...

POR. Dí.

SEV. Mañana...

POR. ¿Qué?

SEV. Voy á morir.
POR. ¿Tú? ¡Jamás!
¡Morir tú, no digas eso,
por Dios! ¡Romper mi embeleso!
SEV. Mas... deja que mientras viva
te adore.
POR. ¡Sí!
SEV. Que reciba.
de tus labios... sólo un beso.
Deja que quien te admiró
logre contemplar la estrella
de donde su luz llegó.
(*Intentando nuevamente descubrir su rostro.*)
POR. Después...
SEV. ¿Qué? ¿Temes?
POR. ¡No! ¡no!
SEV. (*Atormentado de improviso por un terrible presentimiento, va hacia Porcia.*)
Sí... ¡Quizás!..
POR. ¡Oh!
SEV. (*Arrancándola el velo.*) ¡Por fin! ¡Ella!
¡Ella! ¡Tú!
POR. ¡Por caridad!
SEV. ¡Tú! ¡La infame favorita
de Spínola!...
POR. ¡Por piedad!
SEV. Tú mi consuelo, ¿verdad?
¡Maldita sëas! ¡maldita!
POR. ¡Oh! ¡Por Dios!
SEV. ¡Y aún me provoca!
Tú, tú, que en tu impuro seno
le abrigas... ¿Te has vuelto loca?
¿Qué me ofreces? ¡Su veneno!
¡Le habrás besado en la boca!
Tú, que has dejado el honor
y la virtud en sus brazos,
¿qué me brindas?
POR. ¡Por favor!
SEV. ¿El dejo de sus abrazos?
¿Desperdicios de su amor?
¡Y me hiciste concebir

esperanzas de vivir
con más encantos, con más
amores!.. ¡Vas á morir! (*Sujetándola fuertemente por un brazo.*)

POR. ¡Oh! ¡socorro!

SEV. ¿Adónde vas?

POR. ¡Socorro! ¡Socorro!

SEV. ¿Adónde?

POR. ¡Severo! ¡Por Dios, repara!...
¡Ah! (*Logrando desasirse, y escapándose.*)

ESCENA VII

SEVERO.

SEV. Pero ya, ¿quién me ampara?
¡Dios mío! ¿quién me responde?
¡Ay, de qué terrible modo
se ceba el dolor en mí!
¿Todo se me vuelve? ¿Sí?
¡pues me vuelvo contra todo!
Ya no dudo, ¡no! ¡que no!
¡Ya no quiero perdonar,
quiero matar y matar,
hasta que sucumba yo!
¡A cuantos gocen, ¡á cuantos
me detengan!... ¡Y esa gente (*Óyese dentro nuevamente el rumor de la fiesta, con algunas carcajadas.*)
se ríe! ¿Será que intente
insultarme con sus cantos
y con sus risas?... ¡Quizá!
¡Sí! Pues se engañan... lo siento...
yo también estoy contento,
¡muy contento! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

ESCENA VIII

SEVERO *y* RENZO.

SEV. ¡Tú!
REN. ¡Severo!
SEV. ¿Qué ha pasado?
REN. Que la suerte se declara
ya por fin á nuestro lado.
Todo queda preparado.
¡Fray Antonio nos ampara!
SEV. ¿Sí?
REN. Nos ampara, y aún más:
nos absuelve.
SEV. ¿Sí? ¿Quizás
temiste que la emoción
me venciera? ¡Pues verás
si me sobra corazón!
REN. ¡Sí!
SEV. ¡Tú mismo lo has de ver!
¡Renzo, no nos detengamos!
¡Tú no puedes comprender
ni adivinar mi placer!
¡Vamos, Renzo!
REN. ¡Vamos!
SEV. ¡Vamos!

TELON RÁPIDO

ACTO CUARTO

Una capilla baja en el *Duomo* de Pisa. A la izquierda un altar ricamente adornado, sobre el que se ve un espléndido relicario. Los numerosos cirios encendidos sobre este altar alumbran la escena. En el fondo una ancha escalera, de ocho ó diez gradas, conduce á una verja de hierro, en parte abierta, y detrás de la cual se distingue la nave del *Duomo*, donde brillan algunas lámparas. A la derecha una puertecilla oculta en el muro. Gruesos pilares.

ESCENA PRIMERA

FRAY ANTONIO. *Fieles que rezan.*

FR. A. *Amén.* Ya que concluyeron
todas nuestras oraciones,
retiráos, que la iglesia
va á cerrarse...
(*Los fieles se retiran lentamente.*)
Pues que acoges
con igual misericordia
sacrificios y rencores,
Dios mío, tú que comprendes

mis ansias, no me abandones.
No como el aventurero
á quien sus odios corrompen;
como el corazón me dicta
procederé. Dios perdone
al desgraciado en sus penas,
y en su angustia al sacerdote.
(*Sale por la verja del fondo y la cierra tras él. Cuando desaparece por el fondo de la nave, ábrese una puertecilla á la derecha y aparece Severo. Calla el órgano.*)

ESCENA II

SEVERO.

SEV. Dos horas más de tormentos.
¡Qué terribles y qué largas!
Vagando por esas calles,
cruzando por esas plazas,
sin encontrar en las sombras
ni un reflejo de esperanza.
¡Es aquí! Seguramente.
¡Y él solo, solo y sin armas,
reza siempre! ¡Necesito
recordar bien mis palabras!
«Aunque el altar le proteja,
aunque le guarde mi casa,
aunque fuera imprescindible
sorprenderle por la espalda,
juro cien veces matarle
para salvar á mi patria.»
¡Lo juré, y es necesario
que lo cumpla! ¡Dios le valga!
¿Y aún dudo? Diez inocentes
á los que en prisiones guarda
para que den testimonio

de sus crueldades mañana;
mil y mil hombres vencidos
bajo el poder de sus garras,
que en mí tan sólo confían,
y por su jefe me aclaman;
¡yo escarnecido! ¡Torelli
deshonrado! ¡Pisa esclava!
¿Y aún sigo dudando? Pisa,
tú que viste en hora aciaga
á Ugolino, allá en la torre
del Hambre, morder de rabia
los dos puños descarnados,
con la boca desgarrada,
y en sus hijos conteniendo
los impulsos de sus ansias
para que no se matasen
y que no se devoraran
entre sí, como leones
dentro de la misma jaula,
pronto vas á ver un hijo
loco de sed de venganza
y á quien su padre deshonra,..
¡y verás cómo lo mata!
¡Sí! Pisa, ciudad de horrores,
¡acrecentarás tu fama!
Es un monstruo, y sin embargo,
¡ay! ¿por qué siento en el alma
que la compasión me vence,
que la voluntad me falta?
Que no desoiga mis ruegos,
inspira tú mis palabras.
Dios mío; ¿y si se obstinase
en luchar, si no cejara?
¡Moriríamos entonces
los dos! ¡Ah! ¿Quién? ¡Virgen santa!
(*Se esconde detrás de un pilar de la capilla.*)

ESCENA III

FRAY ANTONIO, BARNABO SPÍNOLA.

Fray Antonio llega por la nave, acompañando á Barnabo y alumbrando el camino con una linterna. Después abre la verja del fondo.

FR. A. Señor, según la costumbre,
debéis...
BAR. ¡Y apenas que es vana
y puerill...
FR. A. Señor, respetos,
rutinas...
BAR. ¡Tomad la espada!
¿Quedó bien cerrado todo?
FR. A. Todo, señor... ¿Y la daga?
BAR. ¡Vigilad mucho! Que nadie
se acerque...
FR. A. Señor...
BAR. Tomadla.
(*Fray Antonio le saluda con una reverencia. Cierra la verja tras él y se aleja con las armas. Barnabo baja lentamente la escalera.*)

ESCENA IV

BARNABO SPÍNOLA, SEVERO.

BAR. Recemos, pues. (*Dirigiéndose hacia el altar.*)
SEV. (*Saliendo.*) Y pues llegó el instante,
¡basta de dudas ya! ¡Cumpla su pena!
¡Spínola!...
BAR. ¿Quien? ¡Tú!
SEV. Yo.
BAR. ¡Fray Antonio,
mi espada!
SEV. ¡No te alarmes! ¡Ten paciencia!

El monje á quien tus armas entregaste
es mi cómplice!

BAR. ¿Sí?

SEV. Cerró la verja
tan cuidadosamente, que podemos
estar seguros de que nadie venga.
¡Estás, pues, desarmado!

BAR. ¡Desarmado!
¿Y tú?

SEV. ¡No! Ya lo ves; mi daga es buena.
Hablemos, pues, y con reposo... padre.

BAR ¡Tú! ¡tú!..

SEV. Sí... todo.

BAR. ¿Tú?

SEV. La infamia horrenda,
el cobarde misterio... todo, todo,
todo lo sé... ¿Comprenderás siquiera
hasta qué punto te aborrezco? Tanto
que contengo mi furia, ya que tiemblas,
para poder gozarme por más tiempo
de verte padecer en mi presencia.
¡Pero no! ¡pero no! ¡Si no es posible!
¡Si eres no más que el sanguinario déspota,
sin un rayo de amor en las pupilas,
sin un punto de luz en la conciencia!
¿Tendré que confesarte que te odiaba?
No. ¿Para qué?

BAR. ¡Tú, tú! ¡Maldito sëas!

SEV. Pero desde que supe que á tu crimen,
sólo á tu crimen debo la existencia,
y el dolor de tener que despreciarme,
y la deshonra vil, que me avergüenza,
yo no sé qué decirte de mi angustia,
yo no sé qué decirte de mis penas,
yo no se qué decirte de mis odios...

BAR. ¡Oh!

SEV. ¡Miserable, miserable! ¡Tiembla!

BAR. ¡Severo!

SEV. ¡Dílo ya! No dudes. «¡Hijo!»
¿Por qué no me lo dices? ¿Quién creyera

que temblaras oyéndome?

BAR. ¡Severo!

SEV. No, ¡dílo de una vez! «¡Hijo!»

BAR. ¿Qué intentas?

SEV. Porque lo soy, porque los hijos tuyos
es natural que al fin se te parezcan;
porque heredé con tu viciada sangre
tu instinto vil, tu condición de fiera,
y porque, como tú, ya soy un monstruo,
voy á beber la sangre de tus venas.

BAR. ¡Oh, Severo! ¿Qué dices?

SEV. ¡Palideces!

BAR. ¿Yo? ¡No! ¡Mátame, pues! ¡No te arrepientas!
¡Bah! ¿Te detienes ya?

SEV. Cuando ignoraba
la magnitud terrible de mi afrenta,
lo juré sobre Cristo, por mi patria,
para librarla al fin de sus cadenas.
Y ¡ay! luego, luego...

BAR. Pero ¿quién te dijo?

SEV. ¿Quién mi deshonra?

BAR. ¡Sí!

SEV. ¿Quién mi vergüenza?

BAR. ¡Sí!

SEV. ¿Quién sino la víctima? ¿Quién pudo
si no decirme tus infamias?

BAR. ¡Ella!

SEV. Mi madre. ¡Sí!

BAR. ¡Tu madre!

SEV. Y á mis labios
vino su nombre. ¡Desgraciada! ¡Sëa!
¡Tantos años de angustias, de sollozos
y de remordimientos y tristezas!
¡Oh! ¡Tu sangre! ¡tu sangre! ¡toda, toda,
por una de sus lágrimas siquiera!

BAR. ¡Tómala!

SEV. ¡Desgraciado! No me incites.
¡Desgraciado! No azuces mi impaciencia.
No puedes ya salvarte. Mis amigos,
vigilando por mí guardan las puertas.
En mi poder estás. ¡Y sin embargo,

escucha! La feroz naturaleza
del hombre más perverso, todavía
aun en el colmo de su infamia, deja
que al través de sus crímenes se escape
alguna vez un rayo de clemencia.
Y aunque ha de ser mi corazón perverso
y vil, muy vil, para que no desmienta
que te debo la vida... sin embargo,
ya lo ves, tengo calma, tengo fuerzas
para poder ahogar mis tentaciones,
para que no se cumplan mis promesas
y aun para que la mano vengadora
que sostiene mi daga se detenga.
¡Huye! ¿Que soy perjuro? ¿quién lo duda?
Pero obedece.

BAR. ¿Cómo? ¿Qué obedezca?
¿Y es posible que así me lo propongas?
¡Yo recibir tus órdenes! ¿De veras?

SEV. Niégate, y al instante moriremos
uno tras otro.

BAR. Dí lo que dëseas.

SEV. Dame tu anillo ¡pronto! con el sello
de tu poder. Más vale que la fuerza
muchas veces la astucia, y es preciso
para tu salvación contar con ella.
Buscaré á mis amigos sin tardanza,
y aunque es forzoso que al hablarles mienta,
les contaré tu muerte. Con tu anillo
se rendirán al fin las fortalezas,
y el pendón gloriosísimo de Pisa
ondeará, con el alba, en sus almenas,
y el triunfo será nuestro.

BAR. ¿Quién lo duda?

SEV. Te daré libertad, la bolsa llena,
y excelentes disfraces que te oculten
y un buen caballo que corriendo vuela,
y con él y la escolta que te deje
puedes ir sin temor adonde quieras;
lejos, lejos de aquí, pronto, muy pronto.
¡Sin perder un momento!

BAR. ¡Qué vergüenza!

SEV. No dudes.
BAR. Pero no, ¿qué es lo que digo?
¡Lástima grande de que así se pierdan
un ingenio tan claro como el tuyo
y una inventiva tan feliz y amena!
Si todo cuanto dices lo refieres
como chanza, no más, que me divierta,
provocando mi risa, te aseguro
que es la invención, en realidad, perfecta.
¡Y escuchando tu estúpido consejo
me pude contener!
SEV. ¡Ah!
BAR. ¿Conque ceda?
¿Conque tú me disfrazas? ¿De lacayo?
¿Conque tú me proteges y me prestas
no tan sólo el auxilio de tu ingenio,
la protección, que es más, de tus monedas?
¿Es que has supuesto que tan fácilmente
con mi poder y mi valor se juega?
¿Es que mi propio nombre no me obliga?
¿Es que mi honor tan poco me interesa
para que dé mi dignidad hollada
satisfacción á tus palabras necias?
¿Ser tan cobarde yo? ¡Si no es posible!
¡Si parece mentira que te atrevas!
¡Mátame ya!
SEV. ¡No dudes, que me pierdes!
BAR. ¡Si yo no dudo!
SEV. ¿No? ¿Conque te niegas?
¡Oh! Calma, por piedad, y reflexiona,
mira que se concluye mi paciencia;
que quiero suplicarte, y con el alma
suplicándote estoy, pero que, mientras,
los odios me devoran y el ultraje
y me va enloqueciendo la vergüenza.
Entrégame tu anillo y te perdono.
¡Cede!
BAR. No.
SEV. ¡Cede!
BAR. Nunca.
SEV. ¿No recuerdas

que aguardan mis amigos? ¿no supones,
no sabes, dí, que la ciudad me espera?
Pronto sospecharán de mi tardanza,
pronto vendrán en busca de su presa.
¡Desgraciado! ¿No ves, no ves la angustia
con que te ruego? ¿no la ves? ¡Acepta!

BAR. Jamás.

SEV. ¿Jamás?

BAR. ¡Jamás!

SEV. ¡Ah! Pues entonces,
¡basta! Vas á morir. Si puedes, reza.
Arrodíllate... ¡Vamos!

BAR. ¡A tus plantas
arrodillarme yo! ¡Qué más quisieras!

SEV. ¡Y el cielo sobre ti no se derrumba!
¿Has desencadenado la tormenta
para mofarte de su horror? ¡Pues mira
cómo viene á buscarte la centella! (*Sacando la daga.*)

BAR. ¡Reto por reto! ¡Injuria por injuria! (*Colocándose solemnemente junto al altar.*)
¡Ven, y sobre el altar donde gotëa
la sangre de Jesús que sacrifica
por su Dios, que es su padre, la existencia,
ven á matarme ya! ¡No tiembles, hijo;
ven, que tu padre sin temblar te espera!

ESCENA V

DICHOS *y* DOÑA PÍA.

(*Doña Pía sale, detrás del altar, puñal en mano.*)

SEV. ¿Sí? ¡pues los dos!..

PÍA. ¡Él solo! (*Hiere á Barnabo.*)

SEV. ¡No!

BAR. ¡Tú!

SEV. ¡Madre!

BAR ¡Ah! ¡Te has vengado! (*Cae muerto.*)
SEV. ¡Madre!
PÍA. ¡Desfallezco!
SEV. ¡Madre! ¿tú?
PÍA. Me oculté. ¡Lo adivinaba!
Mi amor, tus odios, tus palabras, Renzo...
¿Y quién era la víctima? ¿quién era
la que más padeció con sus tormentos?
¿ni á quién le corresponde la venganza,
Severo, más que á mí?
SEV. ¡Madre!

ESCENA VI

LOS MISMOS *y* RENZO (*que entra apresuradamente*).

REN. ¡Severo!
PÍA. ¡Vedle! (*Señalando al cadáver de Spínola*).
REN. ¡Murió!
PÍA. ¡Murió! ¡Mi débil mano
con agudo puñal partió su pecho!
Mientras que de su golpe se esquivaba.
(*Señalando á Severo.*)
se encontró con la punta de mi acero.
REN. ¡Ya Pisa es libre!
SEV. ¡Libre!
REN. ¡Que los nombres
de honor y libertad llenen los vientos! (*Sale.*)
SEV. ¡Madre! ¡madre!
PÍA. ¿Me quieres, hijo mío?
SEV. ¡Oh!
PÍA. Lo comprenderás. ¡Yo te avergüenzo;
tú quizás me desprecias!
SEV. ¡Nunca! ¡nunca!
¡Madre del corazón!
PÍA. ¡Cómo te quiero!

¡Por fin! (*Se hiere en el corazón.*)

SEV. ¡Madre! ¡Jesús!

PÍA. ¡Ya ves, tenía
que mentir siempre!

SEV. ¡Madre!

PÍA. ¡No, no puedo!

SEV. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

PÍA. ¿Lloras? Oye.

SEV. ¿Qué quieres, madre?

PÍA. ¡Por piedad, silencio!
(*Cae muerta.*)

TELÓN RÁPIDO

Faltaría á un deber de justicia y dejaría de ser sincero si no consignara aquí la expresión de mi reconocimiento más profundo hacia los directores y primeros actores del Teatro Español (que han interpretado el papel de protagonista—D. Wenceslao Bueno—y el de *Barnabo Spínola*—D. José Mata—) y hacia los artistas todos del clásico coliseo, que, cada cual por su parte, y aun aceptando algunos empeños inferiores á su categoría, han contribuído al éxito de esta obra con su inteligencia, sus dotes y su actividad, poseídos de fé indudable y de verdadero entusiasmo.

La Sra. Argüelles ha puesto de relieve, una vez más—dando vida á la infortunada madre de *Severo*,—su sentimiento dramático y su renombrado talento de primera actriz; la Sra. Sala ha prestado singular atractivo y encantos nuevos á la poética figura de Porcia; la Srta. Gardeta, distinguida alumna pensionada del Conservatorio y discípula del Sr. Blasco, interpreta, con preciosa voz y estilo excelente, la melodía del acto tercero.

Y aún he de consagrar algunas palabras,

porque ser agradecido
obligación mayor es
para el hombre bien nacido,

como dijo el Duque de Rivas, á Bueno, de un modo especial, por circunstancias que á él le honran mucho y que yo nunca olvidaré, y al maestro Juarranz, mi antiguo y buen amigo, que ha coadyuvado al éxito de este arreglo, de una manera tan feliz como generosa, escribiendo la inspirada melodía que, según dicho queda, se intercala en el tercer acto.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

25—2—94.

3 0112 098517979

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, calle de Carretas, 9; de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2; de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol, 6; de D. M. Murillo, calle de Alcalá, 7; de D. Manuel Rosado, calle de Esparteros, 11; de Gutenberg, calle del Príncipe, 14; de los señores Simón y Compañía, calle de las Infantas, 18, y del Sr. Escribano, plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.

MADRID, 1894.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Telefono 934.